

Siempre ha sido la noche el momento de las dudas y soledades, también del reconfortante encuentro tras una fatigadora jornada. Es en el momento del ocaso cuando, tras los afanes, finalizamos nuestras tareas y esperamos el premio y descanso de nuestro trabajo. Así lo hemos cantado tantas veces en las vísperas: *õHora de la tarde, fin de las labores; Amo de la viña, paga los trabajos de tus viñadores.ö* Al atardecer nos unimos a nuestros amigos, es el reencuentro de las familias que, tras muchos y distintos caminos recorridos en el día, confluyen en torno a una misma mesa de fraternidad y acogida.

Junto a estas muchas tardes, aparecen otras -tan humanas como las anteriores- de soledades e incertidumbres, noches de presidio u hospital, noches de albergues o tensas esperas. Es al caer la tarde cuando afloran esos miedos amortiguados por el ruido y los afanes de cada día: *õPero anoche recé en voz alta, lleno de angustia y agonía, surgiendo de la multitud sombría de formas y pensamientos que me torturan.ö* (Taylor Coleridge). Si el encuentro cálido tras la jornada despierta en muchos el brillo de la esperanza e ilusión, no es menos verdad que la vivencia triste de determinados acontecimientos o sentimientos provoca en otros desilusión, falta de vida y esperanza. Y todas esas noches son las que llevamos a cada adoración nocturna, en nuestros encuentros con el Señor resucitado.

Cada noche responde a un momento de añoranza: queremos -anhelamos- la felicidad, ese estado que nos hace vivir conformes a nuestros destinos y luchas. Buscar el sentido de la vida, de cada circunstancia, buscar las respuestas a tantas preguntas que nos interrogan o inquietan o nos desvelan e impacientan. Es la noche de cada persona, cristiana o no, que se debate alguna vez en su vida con esta ansiedad existencial, en un laberinto en que pugna con ansia por encontrar la salida. Es algo por lo que san Agustín de Hipona tanto había luchado. Sus palabras -*¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí; yo, fuera. Por fuera te buscaba y me lanzaba sobre el bien y la belleza creados por ti. Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo ni conmigo. Me retenían lejos las cosas. No te veía ni te sentía, ni te echaba de menos. Mostraste tu resplandor Y pusiste en fuga mi ceguera. Exhalaste tu perfume, y respiré, y suspiré por ti. Gusté de ti, y siento hambre y sed. Me tocaste, y me abrasé en tu paz*- se hacen tan actuales que no son sino el anhelo de tantos corazones que buscan respuestas sin saber que la solución a tanta inquietud es Dios mismo: Él es el día que ilumina y llena de vida tantas noches humanas.

El personaje evangélico que mejor refleja todas estas actitudes es Nicodemo, verdadero *õcristiano anónimoö*. En su nombre ponemos rostro a otros tantos nombres que sufren en la noche del silencio o de la soledad, en la noche de la falta de respuestas. También en las noches de felicidad y compromiso, de una felicidad que uno desea que nunca se acabe ¿cómo lograrlo? Sin duda, *naciendo de nuevo*, ese es el camino de la Iglesia: *õEl encuentro de Nicodemo con Jesús se produce de noche. La noche expresa, para san Juan, mucho más que un momento en el día. De algún modo, Nicodemo nos representa a nosotros, creyentes del tercer milenio, que nos acercamos como él a Jesús con cierto respeto. Respeto a lo que los demás puedan decir de nosotros por el hecho de ser y vivir como cristianos. Nuestro corazón, como el de Nicodemo, anhela ese diálogo con Cristo, pero la sociedad que nos rodea nos lo hace percibir como algo obsoleto e irritante; por eso nos acercamos ocultos y sigilosos. Pero la noche del encuentro nos habla también de la oscuridad que anega nuestro corazón y nuestra vida. La oscuridad sólo se disipa con la luz. Y Cristo es la luz. Su mensaje ilumina nuestra historia, y en un*

diálogo sincero entrega a Nicodemo las claves de su propuesta. En aquel juicio temeroso, pero inquieto, las recibimos también nosotros. La revelación y el anuncio del misterio de la Cruz aparece envuelto en el amor desbordado del Padre por toda la Humanidad: -Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único para salvar a los hombres.ø Por su Cruz, hemos sido salvados.ö (Carlos Escribano Subías, obispo de Teruel y Albarracín)

Es posible hacer de la noche el lugar del nuevo nacimiento, de la acogida. Todo depende si posibilitamos el encuentro con esa otra persona -Jesús de Nazaret- que, resucitado, aporta a nuestra existencia el verdadero sentido de la vida. *õAnte la actual evolución del mundo, va siendo cada vez más nutrido el número de los que se plantean grandes problemáticas: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que a pesar de tan grandes progresos subsisten todavía? ¿Qué puede el hombre dar a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué vendrá después de esta vida terrestre?ö* Son palabras tan actuales que el solemne magisterio de la Iglesia las hizo suyas en el Concilio Vaticano II, en la constitución pastoral *õGaudium et Spesö*. Sin duda, la Iglesia necesita responder a los profundos interrogantes de los hombres y mujeres de hoy: tantas veces la duda sobre Dios, la existencia del bien o el pesimismo sobre la aparente fuerza del mal, nos testimonian que *õaún es de nocheö* en la vida de muchísimas personas. De ahí la urgente necesidad de que la Adoración Nocturna, respondiendo generosamente a su vocación, testimonie de día lo que con tanta intensidad ha vivido en la noche.

õEn la noche oscura las sombras oscuras nos traen y llevan temores y dudas, cuando el sol con su luz nos inunda no queda ningunaö cantamos muchas veces en laudes. Es la certeza de que nuestros labios expresan lo que vivimos en el corazón. ¡Dios vence nuestras noches! La Iglesia es profecía de que toda noche -por oscura que sea- es vencida por el amanecer, por la esperanza. Por larga, difícil, angustiada que sea cada noche la luz inundará cada recoveco. Luz, Vida, Resurrección.

Navidad es el tiempo de la noche que se llena de sentido: en medio del Silencio la oscuridad sea vencida por la Luz, la del Verbo hecho carne. La gratitud de María en su respuesta afirmativa hizo posible este milagro. El *siø* generoso de cada cristiano posibilita la Navidad en muchas otras pequeñas historias llenas de oscuridades y miedos. Aprendamos de María a testimoniar la aurora esperanzada que es la Iglesia, hasta la gran plenitud de vida en la resurrección universal.

Cuestionario para la oración personal:

1.- La noche es un momento de encuentro intenso donde afloran mis miedos, luchas, temoresí ¿Sé poner nombre a aquello que hace debilitar mi fe o confianza? ¿Mi entrega a Dios es realmente plena? ¿Las dudas hacen fortalecer aún más mi fe?

2.- ¿Cómo pongo ante Dios las necesidades, angustias, esperanzas, miedos, alegrías, proyectos de los que en tantas noches buscan respuesta a sus preguntas? ¿Vivo el carisma de la intercesión, pidiendo a Dios por los que aún no lo conocen?

3.- Nicodemo es el rostro del hombre que busca a Dios. Pero es en la noche donde realmente disfruta de esa presencia, sin prisas, aprovechando la oportunidad. ¿A cuántos he invitado a la Adoración Nocturna, sabiendo que el encuentro con el Señor les llenará de esperanza? ¿Cómo preparo, vivo y aprovecho cada Vigilia en la que participo?